

PREFACIO

Este, el volumen 40 del *Socialist Register*, fue originariamente planeado en la primavera de 2001, considerablemente antes del 11 de septiembre de 2001, y mucho más de la invasión de Irak de 2003. Nos parecía que una limitación cada vez más seria del pensamiento socialista contemporáneo era su falta de herramientas conceptuales capaces de analizar la naturaleza del imperialismo de hoy, en lugar de reciclar teorías desarrolladas en una etapa muy anterior. Nuestro objetivo era producir un volumen que ayudara a tornar realista a la teoría y análisis socialistas, y más enfocado y coherente al activismo socialista, una necesidad más urgente que nunca en los años iniciales del nuevo siglo signado por la globalización liderada por Estados Unidos (EUA) y por una forma nueva y más desembozada del imperialismo.

La necesidad de una teoría que pueda dar contenidos a la práctica es especialmente acuciante en tiempos de cambios rápidos y abarcativos como los que actualmente experimentamos. Quizás la arbitraria división del tiempo en siglos hace que cualquier “cambio de siglo” parezca un momento de cambio excepcional, pero es llamativo que tantos pensadores socialistas hayan tenido exactamente la misma sensación hace cien años, cuando el imperialismo también era un foco principal de sus preocupaciones. Muchos no marxistas y marxistas consideraron en aquel momento que el capitalismo mundial estaba en estado de flujo, o de crisis, y que el imperialismo

era el momento que lo redefinía. La gama de pensadores participantes en aquel entonces, y la amplitud del trabajo que emprendieron, debieran habernos advertido respecto de no abocarnos a la ligera a la similar tarea que nos proponíamos afrontar cien años más tarde, pero fue sólo cuando comenzamos a encargar las contribuciones que nos dimos cuenta de hasta qué punto esta era una tarea para muchos volúmenes y para muchos autores. Nuestra respuesta fue decidir que al menos podríamos dedicar dos volúmenes sucesivos al tema.

El título del *Socialist Register 2004*, “El nuevo desafío imperial”, se refiere no sólo a los nuevos desafíos al bienestar y autodeterminación humanos planteados por el imperialismo de EUA hoy, sino también al desafío para la izquierda de desarrollar una mejor teoría del imperialismo y de su relación con el capitalismo globalizado. El *Socialist Register* de 2005, tentativamente titulado “El nuevo orden imperial”, explorará la cartografía del imperialismo contemporáneo —su naturaleza y su impacto en diversas regiones del mundo— con especial énfasis en las finanzas y la cultura.

Nuestra decisión de abocarnos al tema del imperialismo se tornó más oportuna debido a los hechos que se sucedieron. La declaración de “guerra contra el terror” de Bush tras la destrucción del World Trade Center, seguida por la auto-asignación por parte de EUA, del derecho a lanzar “guerras anticipatorias”, refleja el poder militar sin rival de este, desplegado por un gobierno de derecha con ambiciones globales sin antecedentes y dispuesto a emplear dicho poder sin pensar para nada en las consecuencias de sus actos. Esto reclama una evaluación urgente y realista, especialmente dado que EUA también está desarrollando rápidamente armamentos cada vez más devastadores, incluyendo armas basadas en el espacio que, como fríamente lo señala Noam Chomsky en su ensayo en este volumen, “bien pueden conducir al experimento de la biología con la inteligencia humana a un final ignominioso”. En realidad hacer la guerra —sea por parte de EUA mismo como de los estados a los cuales se exportan armas de EUA— casi parece haberse transformado en una manifestación “natural” del capitalismo estadounidense.

La lógica de esto no es nueva. En su estudio del bombardeo masivo aliado de Alemania en la Segunda Guerra Mundial, *On the Natural History of Destruction*, W.G. Sebald describe cómo la campaña de bombardeo fue producto de una vasta movilización técnica y organizativa que adquirió su propio e implacable impulso, descartando la creciente evidencia que decía que a pesar de su inenarrable costo en vidas civiles y de la destrucción total de ciudades alemanas, sería militarmente ineficaz. El personal implicado, desde trabajadores de fábricas de armamentos hasta las mismas tripulaciones de los

bombarderos, sólo podía involucrarse en aquellas operaciones sobre la base de aceptar, de un modo u otro, que todo el proceso era de alguna manera natural. Sebald cita la reacción de un oficial de la Fuerza Aérea de EUA, Brigadier Frederick L. Anderson, quien fue entrevistado por un periodista alemán en Halberstadt en 1952. Cuando se le preguntó si hubiera hecho alguna diferencia que la ciudad hubiera desplegado una gigantesca bandera blanca de rendición desde lo alto de la torre más elevada de sus iglesias, Anderson contestó que las bombas eran “artículos caros”; “en la práctica”, dijo, “no se las podría haber arrojado sobre montañas, o sobre campo abierto, después de haberse tomado tanto trabajo en fabricarlas en nuestro país”. Nadie que contemplara la concentración de un avasallador poder militar estadounidense en el Golfo Pérsico, en 1991 y nuevamente en 2003, podría dudar que una lógica similar esté nuevamente presente hoy. No es fácil desentenderse de la pregunta final de Sebald: si las catástrofes humanas producidas tan regular y predeciblemente por esta lógica impulsada por la industria no deberían ser consideradas “anticipaciones” del “punto en el cual abandonaremos lo que durante tanto tiempo pensamos que era nuestra historia autónoma y regresaremos a la historia de la naturaleza”.

No creemos que un desenlace tan cataclísmico sea inevitable. Nos da aliento el muy citado artículo sobre el nuevo imperio estadounidense que Eric Hobsbawm trazara en el número de junio de 2003 de *Le Monde Diplomatique*, el cual concluye con la idea de que “lo único de lo cual estamos absolutamente seguros es que históricamente será un fenómeno temporario, como todos [...] los demás imperios lo han sido”. Claramente, derrotarlo en su debido momento dependerá de la capacidad de la izquierda de identificar las contradicciones —económicas, políticas y ambientales— del imperialismo del siglo veintiuno, y de desarrollar contraestrategias eficaces a la luz de dichas contradicciones. A menos que la izquierda pueda hacer esto, la principal respuesta puede provenir cada vez más —y cada vez más trágicamente— de elementos reaccionarios y atávicos. Esto se debe a que a pesar de su aparente poder avasalladoramente opresivo, al imperialismo estadounidense lo aquejan serios problemas. Uno de ellos es el simple costo, aun para EUA, de mantener el poderío militar requerido por sus nuevas ambiciones imperiales. Otro es la escasa probabilidad que tiene la constitución de un orden mundial total —pro-EUA, consumista, apoyado en forma estable sobre un barniz de democracia electoral— que parece tener en vista el gobierno de Bush, y la naturaleza contraproducente del empleo de la fuerza bruta para lograr este poco probable objetivo político. Aun más importante, tal vez, es la deslegitimación que cada vez con mayor probabilidad afectará a todos los gobiernos en los cuales EUA debe apoyarse para

gobernar su imperio mundial. Encontrar formas de intervenir eficazmente a la luz de estas contradicciones, y desarrollar las capacidades para hacerlo, es el verdadero desafío imperial a la humanidad.

Entre nuestros colaboradores, Sam Gindin ocupa la Cátedra Visitante Packer de Justicia Social en York University, Toronto; Aijaz Ahmad enseña en la Facultad de Estudios Políticos de la Universidad Jawaharlal Nehru, Nueva Delhi. David Harvey forma parte del Centro para el Lugar, la Cultura y la Política y enseña en el Programa de Antropología del Centro de Posgrado de la City University de Nueva York. Greg Albo enseña Ciencia Política en York University, y Noam Chomsky es Profesor Emérito de Lingüística en el Massachusetts Institute of Technology. Amy Bartholomew enseña en el Departamento de Derecho; y Jennifer Breakspear es una estudiante de posgrado en el programa de Estudios Jurídicos de dicho Departamento en Carleton University, Ottawa. Michael Klare enseña Estudios Sobre la Paz y Seguridad Mundial en Hampshire College en Amherst, Massachusetts; y John Bellamy Foster enseña en el Departamento de Sociología de la Universidad de Oregon, donde Brett Clarke es un estudiante de posgrado. John Saul es Profesor Emérito de Ciencia Política en York University.

Cada prefacio del *Register* en los últimos cuarenta años ha incluido la advertencia de que ni los editores ni los colaboradores están necesariamente de acuerdo con todo lo que se publica en el volumen. Al presentar esta advertencia en su prefacio al volumen de 1964, Ralph Miliband y John Saville explicaron que consideraban necesario aclarar que el “definido y comprometido punto de vista” de los propios editores, el cual evidentemente coloreaba su elección de colaboradores así como lo que ellos mismo escribían, de ninguna manera iría a “aprisionar al debate dentro de un estrecho marco”. Nos complace que la “amplia gama de ideas y argumentos” que esta política tenía como objetivo promover continúe caracterizando al *Register*, y en una medida no menor en su volumen 40, y agradecemos a todos nuestros colaboradores por hacer esto posible.

Queremos también agradecer a Tony Zurbrugg y Adrian Howe en Merlin Press, no sólo por su arduo trabajo y pericia en la edición de este volumen, sino por continuar, e incluso incrementar, la íntima relación entre Merlin Press y el *Socialist Register* establecida por el fundador de Merlin, Martin Eve. Entre las numerosas mejoras que han introducido se cuentan nuevos e imaginativos diseños de tapa, y estamos especialmente agradecidos a Louis Mackay por diseñar una para este volumen que brillantemente capta aquello que tal vez constituya la característica más distintiva pero también más problemática del nuevo imperio de EUA: la de procurar gober-

nar a través de otros estados. Una nota que él nos enviara con relación al tema de cuáles banderas nacionales deberían incluirse en la tapa lo expresaba con considerable justeza: “Me parece que el orden imperial al cual se aspira es uno en el cual el poder de EUA no es desafiado, y no es desafiable... Eso requeriría que Corea del Norte y su compañera de ruta en el eje del mal, Francia, se plegaran. Creo que la imagen funciona mejor si incluye países que aún no son aliados, pero están destinados a transformarse en aliados, en un mundo en que EUA *sólo* tiene aliados a nivel de estados nacionales. Entonces los enemigos sólo pueden estar adentro”.

Que el *Register* haya prosperado durante cuatro décadas se debió a que con regularidad recibió sangre nueva, en particular con la innovación de 1996 de incorporar editores adjuntos. Queremos agradecer particularmente a nuestros editores tanto adjuntos como externos —incluyendo a Bill Fletcher (h), actualmente Director Ejecutivo del Foro Trans-Africano en Washington DC, quien se unió a nosotros como nuevo editor adjunto el año pasado— por sus consejos respecto a este volumen. Asimismo, estamos especialmente agradecidos a Alan Zuege, uno de nuestros editores adjuntos en York University, por desplegar una vez más su excepcional talento como asistente editorial en este volumen. Finalmente, quisiéramos agradecer a nuestro editor adjunto George Comninel por monitorear la list-serv <socialist-register@yorku.ca> (donde cotidianamente se exponen notas de interés referidas a temas de actualidad), y a Marsha Niemeijer por mantener el sitio web del *Socialist Register* <<http://www.yorku.ca/socreg/>>

El cuadragésimo aniversario del *Socialist Register* tiene lugar inmediatamente después del 160° de *The Economist*. Mucho antes de que el *Register* llegue a dicha venerable edad confiamos en que se haya transformado en una revista del *maimstream* de la opinión popular. Al ingresar en su quinta década, eso es lo que nos mantiene a todos firmes en la brecha.

Julio de 2003

L.P.

C.L.

